



TRATADO

SOBRE EL MÉTODO DE PREDICAR

POR S. FRANCISCO DE BORJA.

CAPITULO PRIMERO.

EL TEMOR Y LA CONFIANZA EN DIOS SON NECESARIOS PARA PREDICAR CON FRUTO.

Los ministros del Señor que por su cargo ó de orden de sus superiores se dedican á anunciar á los pueblos la divina palabra desde el púlpito, deben con justa razon exclamation como el profeta David (salmo IV, v. 6): *Timor et tremor venerunt super me*: el temor á causa de toda la importancia de este cargo, y el terror, porque examinandome bien á mí mismo conozco que debo practicar lo que enseño, si no quiero oír esta amenaza del mismo profeta (salmo XLIX, v. 16 y 17): *Quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum? Tu verò odisti disciplinam, et projecisti sermones meos retrorsum.*

Por otro lado si guardando silencio entierro el talento que me entregó el Señor, tiemblo y temo tener que aplicarme aquellas palabras del profeta Isaias:

Væ mihi quia tacui! En efecto ¿no es una inhumanidad negar á los hijos de Dios la leche de la divina doctrina cuando tanto necesitan este alimento? Los que cometen tal crueldad, ¿no exceden en barbarie á los animales mas feroces, como se queja el Señor en el profeta Jeremias? Las fieras sacaron sus tetas y dieron de mamar á sus cachorros; pero la hija de mi pueblo, cruel como el avestruz en el desierto, abandonó á sus hijos y los dejó sin ningun auxilio: *Lamiae nudaverunt mammam, lactaverunt catulos suos: filia populi mei crudelis quasi strutio in deserto* (Lament. de Jerem., IV, 3).

Si subo al púlpito, temo no haberme preparado bastante y carecer de zelo por la gloria de Dios y la salvacion del prójimo: temo pecar por ambicion ó por vanagloria, dos vicios que acompañan ordinariamente á una alma vana y ciega del amor de sí misma. Si quiero desempeñar este ministerio como buen predicador, es decir, como hombre verdaderamente apostólico; necesito una asistencia especial del Espíritu Santo y la abundancia de sus gracias; pero ¿quién soy yo para esperar que el Espíritu Santo se digne de habitar en mi corazon, que es una cueva de ladrones, un nido de serpientes, la guarida de los demonios? Si Moises y Jeremias procuran excusarse y rehusan hablar en nombre del Señor reputándose indignos de tal ministerio é incapaces de ejercerle, y hasta confesando que no son mas que unos niños que solo saben tartamudear; si Isaias necesita que un angel queme y purifique sus labios con un carbon encendido antes de anunciar al pueblo las órdenes que ha recibido del cielo; si hasta el precursor de Jesucristo se ejercita desde su niñez en todos los rigores de la penitencia y se retira á la soledad mas austera para poder mostrar con el dedo al divino redentor del mundo, al cordero de Dios; por último si el Salvador mismo antes de empezar á predicar el Evangelio

quiere ser bautizado en el Jordan y que se abra el cielo para que todo el mundo oiga al padre celestial dar á su hijo el derecho de enseñar por medio de estas palabras: *Ipsum audite*, oídele (1); si Jesucristo pasa ayunando cuarenta dias en el desierto, sostiene los asaltos del demonio, y consigue la victoria; ¿cómo no he de temer yo que no me he retirado á la soledad? ¿Cómo no me he de sobrecoger de terror yo que lejos de ver los cielos abiertos y ser digno de oír la voz de Dios padre, no merezco oír mas que las injurias de los ángeles de tinieblas? ¿yo que lejos de resistir á todas las tentaciones del demonio me he dejado vencer tantas veces de este enemigo de mi salvacion?

El doctor de las naciones cae en tierra, y para que en adelante no atraiga ya el mundo sus miradas, pierde el uso de la vista. Asi quiere Dios que se humillen los predicadores, y asi les prohíbe fijar los ojos en los objetos terrenos. Pero yo orgulloso, que estoy ciego para todas las cosas del cielo y no veo mas que las de la tierra, ¿con qué cara me atreveré á subir á la cátedra de santidad y hablar de cosas que no comprendo? ¿Cómo me atreveré á enseñar lo que yo no practico?

Así el predicador considerando la sublimidad del ministerio que ejerce, debe atender á despreciarse á sí

(1) S. Francisco de Borja que citaba de memoria la sagrada escritura, se equivoca aquí confundiendo las palabras que dijo el padre celestial cuando la transfiguracion de Jesucristo, con las que dijo al tiempo de su bautismo. Estas palabras *ipsum audite* no se dijeron sino en el acto de la transfiguracion; y así no es cierto que Jesucristo no empezara su predicacion hasta despues de pronunciadas. Hemos creído que el amor á la verdad no permitia pasar en silencio esta ligera distraccion del santo.

mismo por medio de un humilde conocimiento de su nada y de su bajeza. Pero es menester tener cuidado que no se desanime, que el temor no entibie el ardor de su zelo, que no se vuelva flaco y tímido en sus instrucciones y reprensiones, y que no pierda aquella santa libertad, aquella autoridad y aquel zelo tan necesarios para este género de ministerio. Por lo tanto es menester que el ardor á Dios y su gran confianza en él templen y corrijan su temor: que la fuerza que da el Espíritu Santo reanime su valor; y que la alegría enteramente divina que derrama en los corazones levante su alma triste y abatida.

Recuerde pues el predicador cuán hermosos son á los ojos de Dios y de toda la corte celestial los pies de los que anuncian el Evangelio, como nos lo enseña el Espíritu Santo por el profeta Isaias (capítulo III, v. 7): *Quàm speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona*. Desconfiando de su talento y de su ciencia ponga toda la confianza en Dios solo: pídale la sabiduría, la gracia, la virtud y la magnanimidad, y dígale de lo íntimo del corazón y con grande humildad: *Domine, non est sermo in lingua meá* (salmo CXXXVIII, v. 4). *Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam* (salmo L, v. 17). O Dios mio, si vienes en mi ayuda, yo reformaré mi conducta y guiaré á mis hermanos por el camino de tus mandamientos. Los extravíos de mi vida pasada de que me habré corregido, servirán de remedio y preservativo para los demas: *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur* (salmo L, v. 15). Y si tú mismo, Dios mio, dijiste que no es bueno poner el vino nuevo del Evangelio en vasijas viejas y usadas cual es mi alma manchada de tantos crímenes, renuevela y hermoseela tu mano, para que no desperdicie el licor celestial de tu doctrina, y el prójimo no se vea privado de los efec-

tos de tu misericordia: *Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis* (Salmo L, v. 12). Entonces aunque por la malicia de mis acciones me parezca á Esaú, mi voz será la de Jacob: hablaré de tus grandezas y misericordias, y atraeré tu bendicion sobre mis hermanos y sobre mí.

Lleno de esta confianza ve, ministro de Dios, armado de la espada de la divina palabra, y pide con vivo ardor al Espíritu Santo que penetre el corazón de los que te escuchan, que se insinúe él mismo al tiempo que tus palabras hieran los oídos de aquellos, y que derrame la unción de su gracia el que únicamente tiene en su mano la llave de los corazones y sabe abrirlos cuando quiere: *ut detur tibi sermo*, como dice el Apóstol, *in apertione oris tui cum fiducia notum facere mysterium Evangelii, pro quo legatione fungeris, ita ut in ipso audeas, prout oportet loqui* (Ep. ad Ephes. VI, v. 19 et 20). Porque verdaderamente haces el oficio de embajador siempre que anuncias la divina palabra, ya en virtud de tu cargo, ya por obedecer á tus superiores.

CAPITULO II.

EL CUIDADO QUE SE HA DE PONER EN LA PREDICACION.

Después de haberse dispuesto así por la oración y el conocimiento de sí mismo lea el predicador el Evangelio que trata de explicar; pero cuidando de purificar su corazón con el examen de conciencia antes de abrir el libro; porque el pecado semejante á una nube de polvo quita la vida espiritual y el discernimiento necesario al que es órgano y voz de Dios según el testimonio de Jeremías.

Después de la lección del Evangelio consulte la in-

terpretación que de él han dado los santos padres y antiguos doctores de la iglesia así como los intérpretes modernos, escogiendo aquellos cuyo carácter es más conforme al suyo. Pida á Dios una participación del espíritu que comunicó á los santos para la interpretación del Evangelio; porque sin esta asistencia del Espíritu Santo muchas veces el orador sagrado hablará friamente y no producirá ningún fruto en sus oyentes. Evite con cuidado usar las frases y expresiones de los herejes. Lea con atención los escritos de los santos padres; pero no eche mano sin discernimiento de todo lo que encuentre en ellos, porque aunque considerando los tiempos en que escribían y el fin que se proponían no incurrieron en el error, sin embargo á veces aventuraron cosas que no hubieran dicho del mismo modo si hubiesen escrito en nuestros días. Es menester pues tener presente que para comprender el verdadero sentido de los santos padres no se han de considerar únicamente sus palabras, sino penetrar el espíritu y las circunstancias de tiempo y de cosas en que escribieron: por falta de prudente precaución los herejes han abusado muchas veces de los escritos de los santos padres, y transformado en errores groseros las verdades divinas que salieron de boca de estos. Es útil invocar con confianza á los santos padres cuyas obras se consultan, para alcanzar por su intercesión la gracia de penetrar sus sentimientos sobre las materias que se quieren tratar.

No cite el predicador en el púlpito las palabras de los santos para combatirlas y refutarlas; lo cual sería faltar al respeto debido á su santidad y ofender la piedad de los fieles, sino antes bien mirelos con humildad como sus maestros y adhiera á ellos: dese el parabién de poder proporcionar á aquellos santos una gloria accidental resucitando en sus sermones la santa doctri-

na que enseñaron y que nos dejaron en sus escritos para gloria de Dios, aumento del Evangelio y salud de las almas.

Evitará como un escollo peligroso el anunciar á los pueblos las producciones de su entendimiento y los frutos de su imaginacion: se guardará muy bien de imitar á ciertos predicadores que hacen un uso enteramente profano de la Escritura forzandola y acomodandola á todo lo que se les antoja, y torciendo el verdadero sentido de los textos para aplicarlos á sus vanos conceptos, á alusiones poco sólidas, á juguetes de imaginacion mas propios para extraviar el entendimiento que para mover el corazon. Lejos de hacer un uso tan poco respetuoso de la sagrada escritura el predicador debe atenerse á la interpretacion mas comunmente recibida, y se persuadirá que el mejor modo de explicarla es interpretar sus textos por medio de otros pasajes de los libros santos y cotejando entre sí las diferentes interpretaciones de los padres.

Siga escrupulosamente el sentido de la Vulgata ateniéndose á las interpretaciones de S. Agustin, S. Gerónimo, S. Gregorio, S. Ambrosio y S. Juan Crisóstomo, y no desprecie tampoco la glosa llamada comunmente interlineal ú ordinaria.

Guardese bien de explicar la escritura antes de haber comprendido su sentido: considerela con gran respeto como una cosa sellada: con esta mira santifique con la humildad el estudio de ella, al que ha preceder siempre la oracion y acompañar un cuidado proporcionado á la excelencia y dificultad de la cosa de que se trata. Así merecerá que Dios descubra á sus ojos las verdades ocultas, y le manifieste á las claras las que estan como cubiertas de tinieblas; porque Dios acostumbra revelar á los pequeños y simples las cosas que oculta á los grandes y sabios de este siglo; y lo que no

pueden alcanzar los hombres orgullosos y llenos de curiosidad, lo da á los humildes.

Despues de leidos atentamente los intérpretes sagrados ha de rumiar con cuidado sus explicaciones y poner en orden lo que haya hallado, imprimiendo tambien en su corazon esta doctrina sagrada por medio de una meditacion atenta y afectuosa, y enriqueciendo su alma con los tesoros de Dios y de los santos padres amigos de Dios. Acuérdesse de entregar la llave de ella á Dios y encomendarle la guarda de su corazon como una arca sagrada donde está encerrada la doctrina celestial, para que pueda decir verdaderamente con el real profeta (salmo CXVIII, v. 11): *In corde meo abscondi eloquia tua ut non peccem tibi.*

Enriquecido así con los bienes de Dios si se deja vencer alguna vez por el demonio, lo cual puede acontecer á causa de la flaqueza humana, humillese al punto, haga penitencia, y recurra á la confesion como á una áncora segura.

Acuérdesse tambien el predicador que lleva el tesoro de la ciencia en un vaso muy fragil, y pida á Dios con instancia que se sirva ponerle bajo su guarda para que este tesoro esté seguro de las tentativas del demonio y de la vanagloria, á ejemplo de S. Francisco de Asis que decia á Dios con frecuencia: Señor, guarda tú mismo tus tesoros, porque conozco que soy un ladron; de lo contrario ó los robaré, ó los entregaré al enemigo: *Custodi, Domine, tuos ipse thesauros; cognovi enim furem me esse; alioqui eos ipse vel furto auferam, vel hosti tradam.*

CAPITULO III.

DE LA MEDITACION QUE DEBE PRECEDER Á LA PRE- DICACION.

No se contente el predicador con leer, estudiar cuidadosamente y aprender de coro las verdades que debe anunciar: acuerdese del ejemplo de Elias, el cual despues de haber preparado todo lo necesario para el sacrificio pidió á Dios que enviara desde el cielo el fuego que debia consumir la víctima; *y el fuego del Señor, dice la Escritura (libro tercero de los Reyes, capítulo XVIII, v. 38) bajó, y consumió el holocausto, la leña y hasta las piedras de que estaba construido. Ore pues tambien, y ¡ojalá pueda decir con Jeremías (Tren. cap. 1, v. 13): De excelso misit ignem in ossibus meis et erudit me!*

Persuadase bien que si carece de este fuego celestial, no dará á sus oyentes mas que un alimento insípido, indigesto y sin gusto; mas este fuego solo puede alcanzarle por la oracion y por una fervorosa meditacion, como lo habia experimentado el profeta cuando decia (Salm. XXXVIII, v. 4): *In meditatione mea exardescet ignis.*

Fortalecido el predicador con esta meditacion es menester que saque del Evangelio que tiene en la mano, los atributos de Dios para exponerlos á los pueblos, su poder que resplandece en sus innumerables maravillas, su sabiduría en sus preceptos y consejos y su bondad en los efectos de su misericordia. Tambien ha de sacar de alli las virtudes de la fé, la esperanza y la caridad, asi como la humildad, la paciencia, la magnanimidad, la castidad, la misericordia etc.

Haga la experiencia, y probará por sí mismo que

no hay ningun evangelio que no pueda inspirar á un hombre interior las excelentes virtudes de que acabamos de hablar. Examine cuidadosamente todos los pensamientos y palabras, quién es el que habla y á quién habla, con qué fin, en qué tiempo y en qué ocasion; porque si Dios le da la llave de la inteligencia de las divinas escrituras, descubrirá en toda la vida del Salvador un fondo inagotable de verdades y luces y ejemplos de virtudes bien persuasivos, de modo que cavando este tesoro por la meditacion siempre hallará algo nuevo que admirar é imitar. Dios que es eterno, nos habló primero por los profetas y despues por su hijo, y este divino hijo no nos tiene un lenguaje mudo en los santos evangelios, sino que habla con abundancia y claridad á los que tienen oidos para oír.

Figurese estar presente á los discursos de Jesucristo y trasládelos fielmente á sus oyentes, mas por el tono de la voz que por la accion. Sírvase de las amenazas de Jesucristo para infundir el temor: recuerde con este Dios salvador las misericordias y beneficios divinos para mover á su amor, porque el temor nos aparta de los vicios, asi como el amor por el contrario nos inclina á la virtud.

Es menester que el predicador se penetre bien de los sentimientos que quiere comunicar á los que le escuchan, y en vano tratará de mover á los demas si él no experimenta ninguna emocion y no arde, por decirlo asi. Esta es la causa por qué dijo un antiguo poeta: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.*

La consideracion de nuestro Señor Jesucristo anunciando á los pueblos la divina palabra será para el predicador un motivo de consuelo en sus afanes. Acuérdese tambien que Jesucristo pidió por los que oyeran algun dia esta divina palabra, y espere que las suyas apoyadas en tal proteccion producirán algunos frutos:

ofrézcalas á Dios padre como su divino hijo le ofreció las suyas: pídale que como verdadero médico de las almas se digne de comunicar á sus oyentes los remedios saludables del Evangelio segun su necesidad que sabe perfectamente; y suplique á este caritativo médico que se sirva multiplicar en sus manos para alimento de sus oyentes el pan de la divina palabra que en su indigencia acaba de repartir á los pueblos desde el púlpito. Expóngale que sin la bendicion celestial ni el que planta ni el que riega son capaces de producir algunos frutos; y que al contrario la predicacion tornará en perjuicio del orador del mismo modo que un médico daña á su enfermo cuando le administra medicamentos mal preparados por ignorancia ó negligencia.

Hacia el fin de la meditacion ha de considerar cuánto dolor siente Dios ofendido por el pecado, y de qué zelo debe estar él animado para hallarse pronto á morir, ya por amor de Dios, ya por la salud de las almas encomendadas á su cuidado.

Si conoce que ha adelantado algo en esto, es una prueba de que su meditacion ha producido en él el mismo efecto que produjo en el apostol san Juan el libro misterioso de que habla en su Apocalipsis, que le causó grande amargura en las entrañas, aunque en su boca fue dulce como la miel. Sepa pues que cuantas mas lágrimas vierta, mas hará gustar á sus oyentes el amargor de la mirra, es decir, la severidad de la doctrina evangélica. Por fin Dios iluminará su inteligencia con un rayo de luz divina, segun está escrito (Salmo CXVIII, v. 130): *Declaratio sermonum tuorum illuminat, et intellectum dat parvulis*. Pero es necesario que reciba esta luz sagrada con humildad y accion de gracias, y reconozca que es un puro don de la bondad de Dios, y que él no lo merece de ninguna manera. Si no recibiere otro fruto de su meditacion que aprender

á humillarse, contétese con esto acordándose que es una gracia y un don de Dios, y persuadase que si hace buen uso de ello recibirá cosas mayores.

No olvide ademas que un maestro no da ordinariamente nuevas lecciones á sus discípulos sin que sepan bien la primera. Esta primera leccion que Dios quiere que aprendamos, es la humildad, fundamento de todas las virtudes. Si el predicador no sintiendo ningun efecto de la meditacion en sí mismo sabe humillarse entonces á vista de su miseria, sacará no liviana utilidad.

CAPITULO IV.

DE LA DISPOSICION DEL DISCURSO.

Es necesario que el predicador coordine las cosas que haya leído y meditado. No es decible cuánto ayudan á la memoria el orden y la disposicion; porque en vano el predicador amontona muchos materiales y lleva al púlpito un rico conjunto de conocimientos diversos: si todo esto está en bruto, mal digerido y sin orden, no podrá explicarse sino confusamente, y lejos de ser útil á sus oyentes les causará tedio. Los unos no le entenderán: los otros no retendrán lo que haya dicho; y las verdades cristianas presentadas sin orden ni discernimiento no tendrán la fuerza de persuadir y mover los corazones.

Dios en la creacion del universo y un arquitecto en la construccion de un edificio nos enseñan la necesidad de proceder con orden para hacer que el Espíritu Santo baje al corazon de los fieles por medio de la predicacion.

Dios crió primero (asi se cree) la materia primera sin ninguna forma: despues hizo la luz y la tierra y las otras cosas que son los ornamentos de la materia